

## DE RE CANTABRICA

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA et al., *Las guerras cántabras*, Fundación Marcelo Botín, Santander 1999; J. MANUEL IGLESIAS y ALICIA RUIZ, *Epigrafía romana de Cantabria*, Ausonius I.R.A.M. y Universidad de Cantabria, Burdeos-Santander 1998.

Queremos unir bajo el mismo título, *de re cantabrica*, el comentario de dos libros de reciente aparición, distintos en su objeto y en su metodología, pero con el común denominador de referirse a Cantabria en la Antigüedad. Estos dos libros, además, suponen, si no un cambio radical en los conocimientos que teníamos acerca de la conquista y romanización de Cantabria, sí desde luego la aportación de elementos nuevos de cierta importancia que contribuyen a mejorar bastante lo que ya sabíamos en este campo y, sobre todo, a buscar vías nuevas de conocimiento. En efecto, se puede decir que, sin desdeñar los trabajos posteriores, muy abundantes y en ocasiones valiosos, el conocimiento de las guerras cántabro astures y de la Cantabria romana estaba, más o menos, donde lo dejó Schulten con su libro *Los cántabros y astures y su guerra contra Roma*, Madrid 1962. Estaban, además, el muy completo trabajo de J. Echeagaray, *Los cántabros*, Madrid 1966; y el estudio de R. Syme sobre las guerras cántabro-astures, incluido en la obra colectiva *Legio VII Gemina*, León 1970. Pero incluso estos trabajos metodológicamente eran deudores de Schulten en el sentido de seguir una metodología basada, fundamentalmente, en el comentario de las fuentes literarias. Estas fuentes, como es sabido, son muy limitadas y la sucesiva confrontación entre ellas, ensayada prácticamente por todos cuantos se han ocupado del tema, no ha podido pasar del nivel de la hipótesis al proponer determinadas identificaciones de topónimos y, en relación con ellas, una determinada secuencia cronológica de los hechos militares.

La novedad del primero de los libros que comentamos, publicado por la Fundación Botín y auspiciado por la Real Academia de la Historia, consiste en aportar datos completamente nuevos en base a una campaña sistemática de prospecciones y excavaciones arqueológicas que ha permitido identificar lo que los autores interpretan como un campo de batalla, probablemente el de *Raciliium*, de las guerras cántabras de Augusto. En relación con estos

nuevos datos, el reexamen que se realiza en otras colaboraciones del libro de las fuentes literarias y de las arqueológicas ya conocidas cobra un significado nuevo.

Como acabamos de decir, se trata de una obra en colaboración. La primera de ellas es de M. Almagro Gorbea, "Los pueblos célticos peninsulares". Dada la extensión asignada, el autor en ella no puede más que sintetizar, de manera muy brillante, los conocimientos generales que hoy tenemos sobre los celtas peninsulares y sus teorías sobre los mismos, ya expuestas en otras ocasiones. Hace especial énfasis en la correlación de datos arqueológicos y datos lingüísticos, si bien advierte que la visión integradora de cultura material, lingüística y fuentes históricas que había predominado hasta hace poco se halla en crisis en la actualidad. Este interés por cohesionar arqueología y lingüística hace que la bibliografía citada sea fundamentalmente de estos dos tipos, mientras que los análisis de los historiadores de la Antigüedad —que algo tienen que decir al respecto— no hallan apenas eco. Entrar en análisis socioeconómicos sin tener en cuenta estas últimas aportaciones es, cuando menos, parcial, sobre todo porque las categorías socioeconómicas vienen siendo debatidas desde hace mucho tiempo y con gran fecundidad por los historiadores. En este sentido, se revela cada vez como más urgente la necesidad, si no de alcanzar un consenso que es imposible, si por lo menos de realizar una redefinición de conceptos como "sociedad gentilicia", de larga tradición histórica y muy recientemente revisados por la historiografía española, lo que, sin embargo, no es reflejado por el autor. Por lo demás, la exposición de los datos arqueológicos, como era de esperar, es muy completa y proporciona un buen marco general en el que insertar las contribuciones posteriores.

La segunda contribución es de José M.<sup>a</sup> Blázquez Martínez, "Campamentos romanos en la Meseta hispana en época romano republicana". Este estudio se centra principalmente en los campamentos numantinos, lógicamente, ya que son, si no los últimos, sí, por lo menos, los mejor estudiados de todos, debido a las excavaciones de A. Schulten. Resume además el trabajo de Hildebrandt sobre las monedas de los campamentos numantinos y su secuencia cronológica, y las referencias a campamentos en Lusitania, el mejor conocido de los cuales es el de Cáceres Viejo, identificado con *Castra Cae-*

*cilia*. Añade, además, el conocido texto de Polibio (6, 27-42) con la descripción de la organización del campamento romano durante el siglo II a.C., que es un complemento muy interesante de los datos arqueológicos expuestos en el artículo.

"César ante Alesia" es el título de la colaboración de Michel Reddé. Este capítulo tiene un doble interés. Por una parte, la exposición de los resultados de las últimas excavaciones realizadas en los campamentos de César frente a la ciudad gala con técnicas modernas, lo que permite la comparación con los nuevos conocimientos sobre los campamentos de agosto en la región cántabra, que son de época poco posterior. Por otra parte, porque, a través de la confrontación entre el relato literario y los datos arqueológicos, el autor muestra no sólo las discordancias entre estas dos fuentes y las adaptaciones que en la práctica sufría la teoría de castramentación expuesta por Polibio, César, Vegetio, etc., sino que también ayuda a comprender mejor la naturaleza y función del texto cesariano ya que, como dice, "el relato de César (...) muestra lo que el emperador quería ante todo dar a entender, es decir el cuidado puesto en asediar el lugar y su ciencia de la poliorcética, que condicionan una victoria de la que César se afirma como el principal artífice".

El artículo de Joaquín González Echegaray, "Las guerras cántabras en las fuentes" se refiere, como su lectura da inmediatamente a entender, a las fuentes literarias. Constituye una exposición resumida muy útil del relato de los textos, realizada por uno de los principales especialistas en la materia. Especial interés tiene la contextualización de los relatos sobre las guerras en la obra completa de los autores que se enfrentan a ellas, ya que permite comprender mejor su significado dentro de la política de Augusto. Echegaray resume las dos motivaciones principales, repetidas hasta la saciedad por los historiadores: el deseo de alcanzar unas fronteras "naturales" y el interés económico por las minas del norte. Sin negar estos extremos, que son de sobra evidentes, nos hubiera gustado encontrar alguna referencia, por ejemplo, a la propaganda implícita en los relatos, algo sobre lo que se viene trabajando recientemente. Ello se explica por la actitud "respetuosa" o "confiada" del autor ante los textos clásicos, actitud que, por otra parte, es perfectamente lícita.

José Luis Ramírez Sádaba escribe sobre "La toponimia de la guerra. Utilización y utilidad". Éste

es precisamente uno de los aspectos más debatidos en la historiografía sobre las guerras cántabras, y las observaciones que introduce el autor son de gran interés: Su análisis se centra en los topónimos principales que aparecen en las fuentes literarias (*Segisamo, Bergidum, Lanciá, Vindius*, etc.) confrontando las diferentes identificaciones hechas por los principales estudiosos del tema: Magie, Schulten, Syme, Colmenero, Solana, de Martino y otros. Dicha confrontación ya pone de relieve las concomitancias y las diferencias entre los distintos autores y los puntos donde la identificación toponímica resulta más difícil. Ramírez Sádaba insiste en la necesidad de tener en cuenta la dialectología de la región o, como él dice, "el funcionamiento de las leyes fonéticas del romance hablado en la zona" a la hora de poder hacer identificaciones válidas de topónimos.

Por último, la contribución de Eduardo Peralta Labrador, "Los castros y los campamentos romanos de Toranzo y de Iguña. Prospecciones y sondeos (1996-97)" resulta, evidentemente, lo más novedoso de este libro. Es una contribución eminentemente arqueológica pero con un gran interés histórico. Partiendo de la crítica de las fuentes clásicas y de algunos trabajos arqueológicos recientes, el autor da cuenta de los resultados de las campañas de excavaciones y sondeos realizados por él y dos colaboradores dentro de un proyecto sobre los castros de la Edad del Hierro en Cantabria. Como consecuencia de estas actividades, se han descubierto varios castros de los cuales el más interesante parece ser el de La Espina del Gallego, que ha proporcionado evidencias arqueológicas y numismáticas de ser contemporáneo de las guerras cántabras. Estos castros se sitúan en estrechamientos de los cordales de la sierra, controlando los pasos desde la vertiente sur a la cara norte de la misma, es decir, el mismo movimiento que efectuó el ejército romano. En torno a él se disponen los campamentos romanos de El Cantón y Cildá, cuyas defensas se estudian, datables también en época augústea. Estaríamos en presencia pues, según el autor, de un campo de batalla de las guerras cántabras, identificable tal vez con el de *Raciliūm*. Este trabajo que, naturalmente, debe ser continuado con prospecciones más amplias y excavaciones más minuciosas, tiene el enorme interés de plantearnos físicamente el escenario de un hecho de armas concreto y permitirnos escapar de la dependencia consumada de

las fuentes literarias con la que necesariamente se ha venido operando hasta ahora.

En suma, un libro, además enriquecido con abundantes y buenas ilustraciones, que abre nuevas vías a la investigación al plantear datos absolutamente nuevos o permitir la relectura de los ya existentes.

La segunda obra que comentamos es la *Epigrafía romana de Cantabria*, de José Manuel Iglesias y Alicia Ruiz. Esta obra es el número 2 de la colección PETRAE Hispaniarum que edita el Centre Ausonius, Institut de Recherche sur l'Antiquité et le Moyen Age, de la Universidad de Burdeos III, en colaboración con distintas universidades españolas, en este caso la Universidad de Cantabria a través del Departamento de Ciencias Históricas.

Esta publicación, lo mismo que las restantes de la serie, se basa en el programa PETRAE, programa de recogida y tratamiento de textos epigráficos desarrollado en la Universidad de Burdeos por un equipo dirigido por el profesor A. Bresson. Dicho programa genera una ficha extremadamente minuciosa que recoge todos los aspectos de un epígrafe, tanto del soporte como del texto (material, decoración, dimensiones, relaciones entre fragmentos, texto en mayúsculas y minúsculas, restituciones, ligaduras, etc.), garantizando una publicación crítica y exhaustiva que se halla, por lo común, en muy pocos repertorios epigráficos. Por tanto no puede emitirse más que un juicio muy favorable de una obra así, tanto por su calidad científica como por la inmejorable presentación material.

Además del catálogo de inscripciones y la bibliografía correspondiente, la obra cuenta con una "Introducción" al marco geográfico, la etnografía de Cantabria en las fuentes clásicas, el contexto histórico y una breve historia de la investigación epigráfica en Cantabria. Al repertorio de inscripciones le siguen unas conclusiones, índices, tablas de concordancias y láminas de los epígrafes. Una de las mayores virtudes del Programa PETRAE es precisamente que permite elaborar unos índices sumamente completos de gran utilidad para los investigadores.

En total, la *Epigrafía romana de Cantabria* recoge 112 inscripciones, más 4 falsas, mal interpretadas o duplicadas por error. Lo primero que se observa, como señalan los autores, es el predominio en este corpus de los epígrafes públicos sobre los privados. Esta característica se explica por la concen-

tración de términos augustales en la zona sur de *Iuliobriga* y por el elevado número de miliarios en el área de Otañes. La mayor parte de los hallazgos se localizan en torno a *Iuliobriga* y en la costa oriental, en torno a *Flaviobriga*, algo normal si se tiene en cuenta que los usos epigráficos van unidos al desarrollo de la vida urbana de tipo romano. Precisamente el hecho de que la epigrafía pública predomine sobre la privada (es especialmente llamativo el escaso número de inscripciones funerarias, que por lo general son siempre el grupo más numeroso en cualquier región) revela una generalización de los usos epigráficos vinculada al desarrollo artificial, sobre todo por razones administrativas, de estos núcleos urbanos, pero que penetra escasamente en la vida cotidiana de la población, entre la que las costumbres romanas se difundieron menos completamente que en otras regiones de la Península.

Como decíamos al comienzo de esta reseña, el valor de los dos libros que comentamos no se agota en ellos mismos, sino que se debe también a las perspectivas de trabajo que abren. En el caso de la *Epigrafía romana de Cantabria*, además de ser una excelente publicación epigráfica, se da la circunstancia de que algunas inscripciones aquí recogidas, cuya lectura y cuyo estudio se mejora, tienen gran importancia histórica. Nos referiremos solamente a dos ejemplos: los *termini* de los *prata* de la *legio IV Macedonica* y la inscripción del pico de Dobra.

Los términos augustales de Cantabria constituyen un testimonio práctico y material inmejorable para conocer los espacios que la administración acotaba para uso del ejército, normalmente como zonas en las que pastar la caballería. Los autores han desarrollado una excelente labor de identificación y crítica de los testimonios, lo que permite conocer el número exacto de ejemplares y, con ello, saber de manera aproximada el territorio ocupado por dichos *prata*. Se eliminan así duplicaciones o malas lecturas que tergiversaban este dossier. En cuanto al ara del Pico de Dobra, dedicada a la divinidad local Erudinus, la autopsia realizada por los autores ha permitido comprobar la falsedad de la datación que se le atribuía, año 399 d.C., y fijar la fecha correcta, durante el siglo II. La importancia de este monumento se debía a que constituía la pieza clave en una teoría que sostenía la no romanización de los cántabros y la pervivencia entre ellos de las formas de organización indígena y de sus creencias reli-

giosas hasta el final de la Antigüedad. El argumento fundamental para sostener esta teoría era que el ara del Pico de Dobra, en base a su supuesta cronología, constituía la prueba de que la sociedad local no estaba bajo la autoridad romana ya que podía ignorar las disposiciones del edicto de Tesalónica (380 d. C.), que perseguía la práctica de los cultos paganos. Como señalan los autores, "una vez corregida la fecha y trasladada al siglo II,

el epígrafe ha cobrado un significado mucho más modesto".

En resumen, la *Epigrafía romana de Cantabria* es una publicación epigráfica de calidad incuestionable y de evidente utilidad y trascendencia para los historiadores.

*Manuel Salinas de Frías*